

**EN BUSCA DE UNA LECTURA ACTUAL DE LA  
"IMITACION DE CRISTO"  
(L.I, cap 1º al IIIº.)**

Julio Roque de Escobar, sj.

Llevo años pensando en este proyecto: releer el librito que acompañó toda la vida al convertido peregrino, Iñigo de Loyola, que acabaría llamándose P. Maestro Ignacio. Y releerlo desde las Antillas Mayores y, la expresión es reciente, a finales del segundo milenio cristiano.

Nacido en Cuba, comencé a estudiar con los jesuitas desde el segundo grado de primaria, a los ocho años de edad, y prácticamente no tuve otros profesores hasta que me inscribí en el bienio de teología en el Instituto Católico de París -allí no faltaron-, a los treinta y cinco años de edad. Hubo un primer paréntesis: el sexto de primaria lo estudié, a los doce años, en una escuela pública de Trenton, N. J.. (EE.UU.).

Me atrevería a asegurar que todos los jesuitas que me educaron firmarían las líneas que citaré del P. Ismael Quilez, jesuita español que ha realizado un brillante apostolado intelectual en Buenos Aires. Durante mi adolescencia -tal vez antes pero no guardo memoria- se me "empujó" a leer "el Kempis" casi con más ardor que los evangelios. La renovación bíblica no soplaba con fuerza por el ciclónico Caribe durante esos años.

El despertar de mi "sueño dogmático" comenzó en el verano de 1955, a orillas de un apacible lago, en los montes Laurentides (provincia de Québec) cuando me preparaba para el estudio de la teología.

Fue por entonces cuando descubrí, no sin profundo gozo, que el P. Teilhard de Chardin se había sentido peor que yo, por una lectura in-

tensiva del Kempis, en sus primeros años de jesuita. De ello le nació el proyecto de escribir "un Kempis" para el hombre moderno occidental. La obra fue redactada durante los primeros años de su exilio "medicinal" en China. Quedó terminada antes de 1930. El libro, el conocidísimo **Medio Divino**, fue sometido a la censura de la orden, favorable siempre, no sólo de dos censores, según establecía nuestro derecho, sino de cuatro; piadosa e ineficaz estratagema del P. René d'Ouince, con miras a romper el bloqueo que impedía a su gran amigo publicar todo lo que no fueran artículos de sus especialidades científicas. Así, **El Medio Divino** sólo pudo ver la luz tras la muerte de su autor (1955).

¿Qué sentido puede tener mi proyecto con este antecedente? Tal vez, ante todo, un efecto liberador, tanto en mí como en otros. Busco, sobre todo, contribuir a preservar un genuino tesoro. Comienzo cuando me encuentro en los umbrales de la "tercera edad". ¿Hasta dónde podré llegar?

Se trata de una obra, escrita hace más de 500 años, releída a las puertas del V centenario de... la evangelización, la conquista, el encuentro de dos mundos... Escoja cada uno el término de modo que nadie se sienta ofendido en esto. Sé, aunque de manera muy fragmentaria, que el Kempis sigue teniendo sus admiradores y promotores, en esta América mestiza. Pero, ¿a cuántos "empujó" al rechazo de la fe por el divorcio de siglos entre su manera de expresar la fe católica y la cultura occidental, aun en las formas tan diluídas como ha llegado a sectores no pequeños del Nuevo Mundo?

En el ejemplar de la **Imitación** que he utilizado -Buenos Aires, Poblet, 1951, 2a. ed., traducción del P. Juan E. Nieremberg, sj- el P. Quilez escribe en un breve y erudito prólogo, fechado el 20 de enero de 1944, también en Buenos Aires, que "se trata de la obra clásica (subrayado en el texto) por excelencia en la vida ascética de la Iglesia católica, tanto en el clero secular como regular, tanto entre religiosos como entre laicos. Ninguna obra, después de la Segunda Escritura, ha sido tan universalmente leída entre católicos desde el momento de su publicación; ninguna ha merecido tan universal aceptación y tan frecuentes reediciones en todas las lenguas" (cf *ibidem*, p. 5). Y, tal vez, ninguna haya entrado tan rápida y universalmente en "el salón de los pasos perdidos" donde se empolvan escritos valiosísimos, pasados de moda.

Y tal lectura, ¿no ha tenido responsabilidad por las ausencias del catolicismo postridentino? En particular, la falta de sensibilidad, por parte de católicos, ante la situación de injusticia -las llamadas por Juan Pablo II "estructuras de pecado"- en los países conquistados, y en los

conquistadores ¿no fue alimentada por la lectura de esta "obra clásica por excelencia en la vida ascética de la Iglesia católica?, de manera, trágicamente, excelente?

Porque el libro estudiado, obra de quien, a los 20 años, en 1399, ingresó en el convento de Canónigos Regulares de Monte Santa Inés (sigo en esto al P. Quílez), fue escrito, sin que su autor jamás lo oculte en modo alguno, para los que habían "dejado el siglo" (cf, como muestra: L I, cap. XVII: de la vida monástica), en la Europa central, durante las tres primeras cuartas partes del siglo XV -nuestro Tomás de Kempfen, diócesis de Colonia, vivió de 1379 a 1471-, cuando la decadencia de la cristiandad occidental preparaba ya el estallido, sano en su intención, de la Reforma.

Y ha de tenerse siempre presente el título completo, escogido por el autor: "De la imitación de Cristo y **menosprecio del mundo**" (subrayado mío). La acusación hecha a los católicos, ya manida, de ser "fugitivos del mundo y de la historia", "¿nada tendrá que ver, en lo que tiene de fundada, con una lectura tan difundida por más de cinco siglos, de esta obra clásica? Para comprender correctamente lo subrayado, al menos en el siglo XX, y hasta en el XVI fuera de ambientes monásticos, hace falta no poca capacidad y formación.

Para facilitar la comparación transcribo cada uno de los tres capítulos releídos, según la misma traducción del P. Nieremberg, antes de cada relectura.

\*\*\*

*L I, cap. 1º: de la imitación de Cristo y desprecio de todas las vanidades del mundo.*

**1.- "Quien me sigue no anda en tinieblas" (Jn 8, 12) dice el Señor. Estas palabras son de Cristo, con las cuales nos amonesta que imitemos su vida y costumbres, si queremos verdaderamente ser alumbrados y libres de toda la ceguedad del corazón.**

*Sea, pues, nuestro estudio pensar en la vida de Jesucristo.*

*La doctrina de Cristo excede a la de todos los Santos, y el que tu espíritu hallará en ella maná escondido.*

*Mas acaese que muchos, aunque a menudo oigan el Evangelio, gustan poco de él, porque no tienen el espíritu de Cristo.*

*El que quiera entender plenamente y saborear las palabras de Cristo, conviene que procure conformar con él toda su vida.*

**2.- ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si careces de humildad por donde desagradas a la Trinidad?**

*Por cierto, las palabras subidas no hacen santo ni justo; mas la virtuosa vida hace al hombre amable a Dios.*

*Más deseo sentir la contricción que saber definirla.*

*Si supieses toda la Biblia a la letra y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios?*

3.- **"Vanidad de vanidades y todo vanidad"** (Eccl, 1,2) sino amar y servir solamente a Dios.

*Suma sabiduría es, por el desprecio del mundo, ir a los reinos celestiales.*

*Vanidad es, pues, buscar riquezas perecederas y esperar en ellas.*

*También es vanidad desear honras y ensalzarse vanamente.*

*Vanidad es desear larga vida y no cuidar que sea buena.*

*Vanidad es mirar solamente a esta presente vida y no prever lo venidero.*

*Vanidad es amar lo que tan presto se pasa y no buscar con solicitud el gozo perdurable.*

4.- **Acuérdate frecuentemente de aquel dicho de la Escritura: "No se harta la vista de ver ni el oído de oír"** (Eccl., 1,8)

*Procura, pues, desviar tu corazón de lo visible y traspasarlo a lo invisible, porque los que siguen su sensualidad manchan su conciencia y pierden la gracia de Dios.*

\*\*\*

L I, cap I: Del seguimiento de Cristo y del rechazo de los valores ilusorios de los mundanos.

1.- **"Quien me sigue no anda en tinieblas"** (Jn 8,12), dice el Señor. Estas palabras son de Jesucristo. Con ellas nos invita a seguirlo radicalmente si queremos estar de verdad en la luz y liberados de toda ceguera del corazón.

Sea, pues, nuestro valor supremo, contemplar la vida de Jesús, el Señor, para proyectarla en la nuestra.

2.- El conocimiento cordial de Jesucristo, que lleva a amarlo siempre más y a seguirlo, sin interrupciones, más de cerca, supera al de todos los Santos, y quien lleve dentro de sí el Espíritu Santo hallará en Jesucristo nutrición balanceada.

Pero sucede que no pocos, de la mayoría proporcionalmente decreciente, que oyen el Evangelio, no les agrada porque ni escuchan ni tienen el Espíritu de Cristo.

Mucho aprovechará el procurar ser espejo de Cristo en la totalidad del existir.

3.- ¿Qué te aprovecha especular sutilezas, aún teológicamente dignas de estudio, sobre Dios, si te falta la humildad por lo que no agradas a Dios?

En verdad, las palabras altisonantes, y aun esotéricas, no hacen santo ni justo sino la vida evangélica hace al ser humano más amable a Dios.

También es verdad que me es más valioso sentir el arrepentimiento perfecto que saber explicarlo, pero no es insensato, y puede ser necesario, buscar y pedir comprenderlo para enseñarlo a mis hermanos y hermanas.

Si conocieses toda la Biblia a la letra, toda la filosofía y la teología, y aun la muchedumbre de ciencias naturales y culturales -sin olvidar las formales-, de las que muchas no se sospechan pudieran existir en la Europa del s XV, ¿qué te aprovecharía todo sin la vida divina, inasequible a las solas fuerzas humanas? Porque el hombre ha sido creado para ser divinizado por Jesucristo y su Espíritu.

Ilusión al cuadrado, y todo ilusión, salvo amar y servir solamente a Dios, y a los hombres, en Dios y por Dios, así como contribuir, según la vocación particular, a construir la civilización del amor, a nivel local, nacional y aun planetario. Porque "los cristianos vivimos y nos comprometemos en este mundo sin tener aquí morada permanente".

Suma sabiduría es, por la relativización de los valores, parciales y caducos, que buscan febril y exclusivamente los hombres cerrados al Espíritu Santo, o sea, los mundanos, vivir cada día más en el Cuerpo de Cristo y llegar así a la fiesta eterna en la casa del Padre.

4.- Y si es así, ilusión es buscar riquezas que no pasan la barrera de la muerte y poner en ellas la esperanza.

También es ilusión desear honores y alabanzas vacuas de los mundanos.

Ilusión es seguir el apetito sexual y buscar aquello por donde puedes verte apartado para siempre de Dios.

Ilusión es desear larga vida y no poner los medios para que sea buena a los ojos de Dios.

Ilusión es concentrar la mirada del corazón en sólo el tramo de vida que se pasa en este planeta Tierra y no prever a lo que vendrá después de lo que los humanos llaman muerte.

Ilusión es apegarse a lo que se va, casi a la velocidad de la luz, y no empeñarse a fondo en procurar la dicha que nunca acaba.

Ilusión muy grande es pretender amar y servir solamente a Dios y dejar de lado al hombre, en sus necesidades. Pero no debe olvidarse que son muchos los caminos para amar y servir a Dios y al prójimo.

5.- Acuérdate con frecuencia de aquella palabra de la Escritura: "no se harta la vista de ver ni el oído de oír" (Eccl. 1,8). Y parece lícito extender esta palabra a todas las esferas de lo sensible ya que aumentan sin cesar las muertes por cáncer en las vías respiratorias, debido al abuso del tabaco, y de las muertes por el SIDA, originado demasiadas veces por contacto sexual ofensivo a la dignidad de la persona humana.

Procura, pues, desviar tu corazón de la fascinación por lo visible y apegarlo a los valores invisibles de la fe, porque los que se dejan llevar de percepciones y sentimientos nublan los ojos del corazón y los de la fe, y pierden la amistad con Dios. Pero "sin olvidar a contribuir al bien de la ciudad terrena, y así, sólo así, aspirar a la eterna, a la comunidad definitiva de salvación". Porque esta creación, que surge del amor de Dios, y ese tramo de la existencia pasado en este planeta, es algo más, y mucho mejor, que "una mala noche pasada en una mala posada".

\*\*\*

### *Capítulo IIº: Del bajo aprecio de sí mismo*

1.- *Todos los hombres, naturalmente, desean saber; más, ¿qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios?*

*Por cierto, mejor es el rústico humilde que a Dios sirva, que el soberbio filósofo que, dejando de conocerse, considera el curso del cielo.*

*El que bien se conoce ténese por vil, y no se deleita en alabanzas humanas.*

*Si yo supiera cuanto hay en el mundo y no tuviese caridad, ¿qué me aprovecharía delante de Dios, que me juzgará según mis obras?*

2.- *No tengas deseo demasiado de saber porque en ello se halla grande estorbo y engaño.*

*Los letrados gustan de ser vistos y tenidos por tales.*

*Muchas cosas hay que, el saberlas, poco o nada aprovecha al alma; y muy loco es el que en otras cosas entiende, sino en las que tocan a la salvación.*

*Las muchas palabras no hartan el alma; mas la buena vida le da refrigerio, y la pura conciencia causa gran confianza en Dios.*

3.- *Cuanto más y mejor entiendes tanto más gravemente serás juzgado si no vivieres santamente.*

*Por eso no te ensalces por alguna de las artes o ciencias; mas teme del conocimiento que de ella se te ha dado.*

*Si te parece que sabes mucho y entiendes muy bien, ten por cierto que es mucho más lo que ignoras.*

**"No quieras saber cosas altas" (Rm 11,21); mas confiesa tu ignorancia.**

*¿Por qué te quieres tener en más que otro, hallándose muchos más doctos y sabios en la Ley que tú?*

*Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan ni te estimen.*

4.- *El verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo es altísima y doctísima lección.*

*Gran sabiduría y perfección es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada.*

*Si vieres a alguno pecar públicamente o cometer culpas graves, no te debes juzgar por mejor, porque no sabes cuánto podrás perseverar en el bien.*

*Todos somos flacos; mas tú a nadie tengas por más flaco que a ti.*

## Capítulo II<sup>o</sup>: **del correcto aprecio de sí mismo**

1. Todos los hombres, naturalmente, o sea, según el plan del Creador, desean saber, y desarrollarse integralmente, incluido, por tanto, el campo de los conocimientos, es una manera adecuada de expresar el fin y el sentido de la existencia humana. Pero, ¿qué aprovecha ciencia sin conciencia?

En verdad, mejor es el campesino analfabeta y humilde que sirve a Dios y al prójimo, que el soberbio investigador del mundo o de los hombres que menosprecia al primero por su ignorancia.

El que bien se conoce sabe que son, en él, mayores los dones de Dios que las limitaciones; sabe que hay, en él, más hermosura que fealdad; sabe que hay en él más bondad que pecado; sabe, en una palabra, que es, pese a cuanto de negativo acumule, imagen única del Dios que es Amor, y aprecia, con corazón agradecido, eso que lo hace único y parte absolutamente insustituible del mundo real, existente, el mundo querido por Dios, que pudo haber creado otros mundos en los que él no existiera, pero no los quisiera.

Y porque posee una sana imagen de sí mismo, sabe aceptar las alabanzas de los hombres, viendo en ellas el reconocimiento de algo de lo bueno que es o hace, también por parte de algún hermano o hermana, y alaba más así al Creador.

Si yo supiese cuanto hay que saber en el mundo y no tuviese caridad, sería nada y temería grandemente el juicio de Dios, ya que en el atardecer de mi vida, seré examinado sobre una única asignatura: la caridad.

Y si osase pensar en justificarme ante Dios diciendo: "He observado tu ley, no he hecho nada injusto, malo o criminal. Mis manos están limpias", escucharía la palabra del Señor: "Así es, pero están vacías. ¡Apártate de mí!".

2. Es verdad que las personas cultivadas encuentran mayores estorbos y posibilidades de engaño, para vivir como cristianos, que otros, pero también, y ante todo, pueden ayudar y servir, más y mejor, a los otros. Busca crecer en saber pero, busca mucho más, crecer en sabiduría y caridad.

A los graduados por la universidad usualmente les gusta ser reconocido por tales y recibir el título apropiado, y hasta el no obtenido, y tanto más, cuantos más títulos académicos coleccionan. Es triste pero es verdad.

Quien pone como valor supremo conocer y amar a Dios, manifestando ese amor en el amor servicial a los hermanos y hermanas, puede aceptar serenamente ignorar muchas cosas, pero debe esforzarse por ampliar cada vez más la ciencia de la caridad.

No parece lúcido quien se afana por acumular saberes humanos y no se interesa por conocer el designio del Padre sobre él y los demás hombres.

La vacua palabrería no llena el corazón, pero la vida según el Evangelio lo acaricia como brisa fresca, a la sombra, en mediodía del trópico. La conciencia pura causa confianza en Dios, pero jamás tanto como la certeza de que Dios es Padre, rico en misericordia. Al fin de cuentas ésta es la sola esperanza.

3. Mientras más crezcas en saber, tanto mayor será tu responsabilidad de servir así como la conciencia de que, algún día, se te pedirá cuenta de cómo has administrado los talentos recibidos.

No se te suba a la cabeza el doctorado en alguna ciencia y aun algunos de los premios que dan los hombres, sin que se sepa el juicio de Dios; déjate más bien impregnar más y más por la urgencia de tener que servir más y mejor. Entre los hombres, sobre todo en países pobres, "la

universidad, obliga", mucho más estrictamente que la nobleza a los franceses medievales.

No te preocupes por las distribuciones de premios de los hombres. La que hará Dios al final de la historia, y cuyos premios casi anulan los Nobel, Oscar y Grammy que se reparte en esta existencia, confirmará la palabra del Hijo: **Muchos primeros serán últimos y muchos últimos, primeros**". (Mt 20, 16).

Y si te ocurriera la ridiculez de asombrarte por lo mucho que sabes, recuerda la definición de especialista dada por un pensador moderno: "un bárbaro que sabe mucho de una cosa". Que los ejemplos de los "maestros de la sospecha", al tratar el misterio de Dios, te vuelva a la realidad.

Antes de querer bucear las profundidades del átomo, ascender a las alturas de las galaxias o desenredar la complejidad del hombre, ese "tercer infinito", reconoce la ignorancia en que te encuentras en cuanto a la imagen que te haces de tí mismo. Porque la actitud que tiene cada ser humano para consigo mismo, la cual brota de la imagen que tenga de sí, es la más importante e influyente de las actitudes mentales. Después de todo, si no nos amamos sanamente -¿y cómo hacerlo para quien se ve incapaz o indigno de ser apreciado y amado?- seremos incapaces de amar a los otros como nos manda el Señor, y aun el enteramente Otro.

Pero don de Dios, los pobres en bienes temporales suelen resolver sin enredos el problema de una sana auto-imagen y una sana auto-estima y amor de sí.

Pide entender aquella palabra: **amarás a tu prójimo como a tí mismo**" (Mc 12, 31). Si no te amas como Dios quiere, ¿cómo podrás amar a tu prójimo? y si no te ves amable, o sea, digno de amor, ¿cómo podrás amarte?

Presta atención a la traducción psicológica que dan los diversos especialistas de psiquismo humano, en lo que están sorprendentemente de acuerdo: "Amate y amarás a tu prójimo. Recházate y rechazarás a tu prójimo". Como dijo uno de ellos, el egoísmo y el verdadero amor de sí ocupan los extremos opuestos del espectro.

Un egoísta no es quien se ama demasiado. Es quien dolorosamente, se ama demasiado poco, y por eso, tiene hambre voraz de amor, aunque la exprese tan torpemente que, por lo general, nadie se lo ofrece. Y el egoísmo es la raíz de todos los males, personales y sociales.

No olvides lo dicho por el Señor tras recordar "su" mandamiento: **"Hagan esto y serán felices"** (cf Jn 13, 17).

¿Te sientes infeliz? Pon en duda la autenticidad de tu amor al prójimo, y, por supuesto, a Dios. Pero sospecha, sobre todo, en cuanto a la calidad positiva de la imagen de ti mismo que habita oscuramente tu corazón y tus riñones.

¿Sabías que San Ambrosio, el gran Padre de la Iglesia y obispo de Milán en la "edad de oro" de la patrística, enseñó que la "perfecta expresión de humildad" la encontramos en el Magnificat? Allí es más legible, tal vez, para la mayoría que lo que dice Juan 13, 1 sobre Jesús.

Nadie puede "proclamar la grandeza del Señor", ni puede espíritu alguno creado "alegrarse en Dios,... (su) salvador porque ha mirado la pequeñez de su sierva", sin un agradecido aprecio de las "Obras grandes" realizadas por Dios en ella o en él, y sin el hondo reconocimiento de que esas "obras grandes" son dones, absolutamente gratuitos, de Dios. **"Y si de hecho lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo como si nadie te lo hubiera dado?"** (1 Co 4, 7).

No sigas leyendo erróneamente aquella otra palabra de Jesús: **"Sean perfectos como el Padre celestial de Uds. es perfecto"** (Mt 5, 48). Jesús no nos incita a un "perfeccionamiento", en el sentido actual. Sería pedirnos lo imposible, y cargarnos con un peso que ni El, como hombre, hubiera podido cargar.

Lucas lo tradujo: **"sean misericordiosos como el Padre celestial de Uds. es misericordioso"** (Lc 6, 36). Así nos resulta más claro que esta frase es la conclusión de un párrafo que le da un solo sentido y no otro: "atrévete a ser perdonador, tolerante, y compasivo como lo es tu Padre celestial".

Abandona ya el jueguito de las comparaciones que acaba casi siempre reforzando cierto sentido de inferioridad que llevamos todos - otro indicio del pecado del mundo. Entra, en cambio, en la seria tarea de contar, y hasta de apuntar, la lista de dones únicos que has recibido de Dios, de modo que te veas cada vez más amable, gracias al amor totalmente gratuito de Dios, y, así, más agradecido y feliz.

Deja de mirarte con ojos de crítico, apabullándote continuamente por lo deficiente o lo ausente que, sobre todo, percibes en ti. Mírate con ojos de amigo, de hermano, de Jesús mismo. Así resbalarán las críticas de otros, generalmente destructoras, y evitarás al desaliento.

No te refugies, para que el elogio sincero del hermano no te envanezca, en "si me conocieras de verdad, no me amarás". Si alguien, de verdad, te ama es porque ha captado algo de lo mucho amable que Dios ha puesto en ti, y sólo en ti. Y si te conociera "de verdad", vería esas "obras grandes" que sólo en ti se han realizado y más te amaría... a no

ser que una auto-imagen ferozmente negativa lo mantuviera en el pozo insondable del egoísmo y la desdicha.

Pero sí, una vez desarrollada suficientemente la sana imagen de ti mismo y el sano amor a ti mismo, quieres seguir a Jesús en lo más difícil, pídele imitarlo en pasar toda clase de injurias y todo menosprecio, y ser tenido y estimado por loco, sin dar ocasión alguna para ello, sólo por amor a El que lo hizo antes -y lo experimentó- por amor a ti, si el Espíritu de Cristo no te enseña de otra manera. Asegúrate, con todo, de que sea el Espíritu Santo tu guía y maestro.

4. El verdadero conocimiento y aprecio de sí mismo es altísima y doctísima lección.

Gran sabiduría y perfección es sentir bien de sí para poder así sentir siempre bien de los otros. Todos somos "bienaventurados", "dichosos" porque el Todopoderoso ha hecho en todos y cada uno de nosotros "obras grandes". Y Santo es su nombre.

Si ves a algunos pecar públicamente, o cometer culpas graves, dale, lo primero, muchas gracias a Dios porque ha tenido tal misericordia de ti que no ha dejado te encontraras en circunstancias tales que hubieras pecado igual o todavía más gravemente que tus hermanos o hermanas.

Todos los humanos, amados de Dios, somos débiles. Por eso debemos caminar por la vida agarrados de la mano del Señor y de este modo, poder vivir su alianza con nosotros, y cumplir la palabra reiterada tantas veces: "No pretendo 'ser perfecto' porque es imposible; pero, abandonado en tu amor misericordioso, te digo una vez más: 'seguiré intentando vivir el Evangelio... contigo' o 'seguiré buscando realizar la tarea que me has asignado.. junto contigo'".

\*\*\*

### *Capítulo IIIº: de la doctrina de la Verdad*

1. Bienaventurado aquel a quien la Verdad enseña por sí misma, no por figuras y voces que se pasan, sino así como es.

Nuestra estimación y nuestro sentimiento a menudo nos engañan y conocen poco.

*¿Qué aprovecha la curiosidad de saber cosas oscuras y ocultas, pues que del no saberlas no seremos en el día del juicio reprendidos?*

*Gran locura es que, dejadas las cosas útiles y necesarias, entendamos con gusto en las curiosas y dañinas. Verdaderamente, teniendo ojos, no vemos.*

*¿Qué se te da de los géneros y especies de los lógicos?*

*Aquel a quien habla el Verbo Eterno de muchas opiniones se desembaraza.*

*De este Verbo salen todas las cosas y todas predicán este Uno, y éste es "el Principio que nos habla" (Jn 8,25)*

*Ninguno entiende o juzga sin él rectamente.*

*Aquel a quien todas las cosas le fueren uno, y las trajera a uno, y las viera en uno, podrá ser estable y firme de corazón y permanecer pacífico en Dios.*

*¡Oh Dios, que eres la Verdad! Hazme permanecer uno contigo en caridad perpetua.*

*Enójame muchas veces leer y oír muchas cosas; en Ti está todo lo que quiero y deseo.*

*Callan todos los doctores; callan las criaturas en tu presencia: háblame Tú solo.*

*2. Cuanto alguno fuere más unido contigo, y más sencillo en su corazón, tanto más y mayores cosas entiende sin trabajo, porque de arriba recibe la luz de la inteligencia.*

*El espíritu puro, sencillo y constante no se distrae, aunque entienda en muchas cosas, porque todo lo hace a honra de Dios; y esfuerzase a estar desocupado en sí de toda curiosidad.*

*¿Quién más te impide y molesta que la afición de tu corazón no mortificada?*

*El hombre bueno y devoto, primero ordena dentro de sí las obras que debe hacer de fuera. Y ellas no lo llevan a deseos de inclinación viciosa; más él las trae al albedrío de la recta razón.*

*¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza por vencerse a sí mismo?*

*Y esto debería ser nuestro negocio: querer vencerse a sí mismo, y cada día hacerse más fuerte y aprovechar en mejorarse.*

*3. Toda la perfección de esta vida tiene consigo cierta imperfección; y toda nuestra especulación no carece de alguna oscuridad.*

*El humilde conocimiento de tí mismo es más cierto camino para Dios que escudriñar la profundidad de la ciencia..*

*No es de culpar la ciencia, ni cualquier otro conocimiento de lo que, en sí considerado, es bueno y ordenado por Dios; más siempre se ha de anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa.*

*Pero porque muchos estudian más para saber que para bien vivir, por eso yerran muchas veces, y poco o ningún fruto hacen.*

4. *Si tanta diligencia pusiesen en desarraigar los vicios y sembrar las virtudes como en mover cuestiones, no se harían tantos males y escándalos en el pueblo, ni habría tanta disolución en los monasterios.*

*Ciertamente, en el día del juicio no nos preguntarán qué leímos sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos, sino cuán religiosamente vivimos.*

*Dime ¿dónde están ahora todos aquellos señores y maestros que tú conociste cuando vivían y florecían en los estudios?*

*Ya poseen otros sus rentas, y por ventura no hay quien de ellos se acuerde. En su vida parecían algo; ya no hay de ellos memoria.*

5. *¡Oh, cuán presto se pasa la gloria del mundo! Pluguiera a Dios que su vida concordara con su ciencia y entonces hubieran estudiado y leído bien.*

*¡Cuántos perecen en este siglo por su vana ciencia, que cuidan poco del servicio de Dios!*

*Y porque eligen ser más grandes que humildes, por eso se hacen vanos en sus pensamientos.*

*Verdaderamente es grande el que tiene gran caridad.*

*Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño y no tiene en nada la más encumbrada honra.*

*Verdaderamente es prudente el que "todo lo terreno lo tiene por estiércol para ganar a Cristo" (Flp 3,8)*

*Y verdaderamente es sabio el que hace la voluntad de Dios y deja la suya.*

\*\*\*

### Capítulo III<sup>o</sup>: de la doctrina de la Verdad

1. Dichoso aquel a quien la Verdad por sí misma enseña, no por imágenes y palabras que pasan, sino así como es en realidad.

Nuestra apreciación y nuestra sensibilidad a menudo nos engañan y conocen poco de la realidad; seguimos, con todo, fiándonos acríticamente de ellas.

"Sometan la tierra" (cf Gn 1,27) es parte del mandamiento primordial. Y para dominar hay que saber. Por eso la curiosidad, parte integrante de su naturaleza, impulsa al ser humano al conocimiento aun de cosas oscuras y ocultas; la inteligencia humana está creada para abarcar la totalidad de lo real.

Verdad es que no todos somos llamados a investigar una u otra parcela de la realidad, ni vamos a ser preguntados en el juicio por esa

ciencia. Sí se nos pedirá cuenta de cómo nos esforzamos, cada uno según su vocación propia, por crecer también intelectualmente.

El mandamiento supremo es amar, pero no es posible amar, de verdad, sin emplear la inteligencia; al menos sin buscar aprender a amar, a conocernos y a conocer a los otros.

Existiendo jerarquía de valores, y aun jerarquía de verdades dentro mismo de la revelación, es poco sensato rebuscar problemas y tratar de "encontrarle cinco patas al gato", descuidando el conocimiento de cuanto nos sea útil y necesario para realizar nuestra vocación de hombre y de cristiano o cristiana.

Cabría incluso hasta decir que, en nuestro planeta, es derroche intelectual indigno de cristianos, y, más simplemente, de adultos responsables, ciertas ocupaciones intelectuales, cuando las tres cuartas partes de nuestras hermanas y hermanos -unos cuatro mil quinientos millones de imágenes vivas del Dios vivo- carecen de alimento, techo, vestidos, instrucción, atención médica y todo lo demás necesario al ser humano para llegar a persona humana realizada.

¿Y qué pensar sobre el dato de que el 90% de los investigadores científicos se dedican a perfeccionar las armas y, contribuyendo así a mantener y aun acrecentar, la loca carrera armamentista, una de las peores plagas de la humanidad a finales del segundo milenio cristiano? En verdad puede decirse de no pocos que tienen ojos y no ven. En ese ejército de investigadores es imposible no existan cristianos y cristianas que quieran, y busquen, en verdad, serlos. ¿Cuándo cuestionarán su trabajo a la luz de la Verdad que es amor?

2. ¿Qué nos importa averiguar si viene primero el disminuir la prima del dólar o el fortalecer el peso dominicano, cuando la mayoría de los residentes en esta parte de la "tierra primigenia de la fe" se hunde más y más en la miseria inhumana y deshumanizante?

Aquel a quien habla la Palabra eterna de Dios se ve liberado de no pocas preguntas ociosas, aun teológicas, que sin ser inútiles o necias, son fútiles o marginales. Y si se deja guiar por esa Palabra se abocará a los grandes problemas humanos y divinos.

Por ésta y en esta Palabra han sido creadas todas las cosas y todas las reflejan, y es ella el principio que nos habla. Ninguno entiende o juzga rectamente sin ella, sépanlo o no lo sepan.

Aquel que logra unificarse y reunir todo en esa Palabra, podrá lograr la paz del corazón y permanecer en paz con Dios.

¡Oh Dios verdadero, Palabra única del Padre! Haznos permanecer ininterrumpidamente unidos a Ti en caridad perpetua de modo que Te sirvamos en tus hermanos y hermanas menores!

Nos desparramamos y perdemos leyendo, viendo y escuchando muchas cosas, sabiendo como sabemos que en Ti está todo lo que queremos y deseamos.

¡Callen los catedráticos; no nos hablen las criaturas en tu presencia; hálbanos Tú solo y sácianos!

3. Quien se halla más unido contigo, y más unificado tenga el corazón, tanto más entenderá tu misterio y el del hombre y el mundo, sin trabajo, porque Tú iluminas la inteligencia.

El corazón puro, simple y constante no se distrae por más que atiende a muchas cosas, porque todo lo hace a mayor gloria de tu amor, y se esfuerza por tener sujeta toda su sensualidad.

¿Qué te oscurece más la razón y los ojos de la fe, y te perturba, que el afecto desordenado de tu corazón?

El hombre fiel al Evangelio ordena primero dentro de sí las obras que debe ejecutar exteriormente. Estas no lo llevan a deseos de inclinación viciosa sino que él la trae sometida a la recta razón iluminada por la fe.

¿Qué combate hay mayor que el vencerse a sí mismo? Esta debería ser nuestra primera ocupación: buscar vencernos a nosotros mismos y fortalecer en nosotros la vida en el Espíritu Santo, tratando de adelantar y crecer siempre más, dándonos a Dios y a los otros.

4. Nada existe en este mundo que sea perfecto. Todo tiene imperfección y límite.

El axioma escolástico: "bonum ex integra causa; malum, ex quacumque defectu" -"para que una realidad sea buena debe serlo en todos los aspectos; si le falta uno, es mala"-, que tiene sentido en el plano metafísico, jamás debe aplicarse a los seres humanos ni a su vida moral. En ello está una de las raíces de cierto pesimismo cristiano y del desánimo de no pocos que entran por el seguimiento de Cristo.

El humilde conocimiento de sí mismo, que se funda en una verdadera auto-imagen, es camino más seguro hacia Dios y facilita las relaciones interpersonales. Hay, empero, quienes reciben la llamada a la investigación y así deben realizarse integralmente.

La genuina tradición cristiana siempre ha enseñado que no hay ciencia ni saber que sea malos en sí. Pero igualmente enseña que la vida

según el Evangelio y la buena conciencia se han de anteponer a toda ciencia.

Triste es constatar que muchos, sobre todo universitarios, estudian, más para vivir bien que para servir con su saber; y así se equivocan muchas veces y se encuentran al final con las manos vacías... cuando no también manchadas.

Si los universitarios y los profesionales pusiesen tanto esfuerzo en buscar el bien común como en prepararse y ejercitar la carrera para ganar más, no estaría nuestro pueblo hundido en tanto subdesarrollo y miseria, ni habría cierta flojera intelectual en nuestros seminarios y casas de estudios de religiosos. Si no es de todos éstos, ¿de dónde saldrán los que combatan evangélica e inteligentemente las "estructuras de pecado" que tienen a la mayoría de los habitantes actuales de la isla, inicialmente conocida como "La Española", más retrasados en ciencia y técnica, no siempre, ni muchos menos, en ética y fe cristiana, respecto a los de los países llamados desarrollados que lo estaban los taínos -y los africanos importados y vendidos como ganado- en el siglo XVI, de los españoles que conquistaron y evangelizaron la isla?

Es cierto que en el día del Juicio nos preguntarán sólo cómo hemos amado, pero es en muchos exigencia del amor leer, estudiar, investigar, esforzarse intelectualmente para servir mejor, que es como se manifiesta el amor y garantiza su verdad. De eso se nos pedirá también cuenta.

Díme, ¿dónde están ahora aquellos doctores y catedráticos universitarios que tú conociste cuando vivían y florecían en las facultades, seminarios y academias? Ya otros ocupan sus puestos y a lo mejor no hay quien de ellos se acuerde. Para recordar sus hombres hay que recurrir a libros que se cubren de polvo en bibliotecas. En su época parecían algo; hoy sólo aparecen en notas al pie de las páginas de libros leídos por muy pocos.

4. ¡Qué pronto pasa la gloria de este mundo! Quisiera Dios que su vida concordara con su ciencia: entonces hubieran estudiado y enseñado bien.

¿Cuántos se arruinaron por su vana ciencia, sin haberse preocupado por servir a Dios y a sus hermanos y hermanas?

Eligieron ser antes grandes que éticos. Se convirtieron en globos o vejigas hinchadas que un niño revienta con estrépito.

Verdaderamente es grande quien tiene más caridad.

Verdaderamente es grande el que se sabe pequeño ante Dios, pero amado por El, y desestima la gloria de los hombres.

Verdaderamente es prudente el que tiene lo terreno por estiércol por ganar a Cristo.

Verdaderamente es sabio aquel que hace la voluntad de Dios, donde se encuentra el bien de los hombres, y deja la suya.